

particular que tuviere 477.000 libras de renta, y que una vez en la vida regalara á su mujer por valor de 7 ú 8.000 libras de diamantes?» Se diría que el regalo es modesto y el marido razonable. Para comprender bien la historia de nuestros reyes, partamos siempre del principio de que Francia es su finca, una ganga transmitida de padres á hijos, primero pequeña, luégo poco á poco redondeada y al fin extraordinariamente ensanchada, porque su propietario siempre en acecho halló medio de dar buenos golpes á expensas de sus vecinos; al cabo de 800 años, comprende 27.000 leguas cuadradas. Verdaderamente, en muchos puntos su interés y su amor propio están de acuerdo con el patrimonio público; en suma, no administró mal, y pues siempre se engrandeció, prueba que administró mejor que otros muchos. Además, á su alrededor, mucha gente experta, viejos consejeros de familia curtidos en los negocios y dedicados al dominio, buenas cabezas y barbas grises, le amonestan respetuosamente cuando gasta demasiado; con frecuencia le empeñan en obras útiles, carreteras, canales, hospitales de inválidos, escuelas militares, institutos científicos, talleres de caridad, limitación de la esclavitud, tolerancia de los herejes, anulación de los votos monásticos hasta los 21 años. Juntas provinciales y otros establecimientos ó reformas, por las cuales un dominio feudal se convierte en un dominio moderno. Pero moderno ó feudal, el dominio siempre es su propiedad de la que puede abusar lo mismo que usar; luégo el que usa con toda libertad acaba por abusar con toda licencia. Si en su modo ordinario de comportarse, las razones personales no sobrepujaron á las públicas, sería un santo como Luís IX ó un estoico como Marco Aurelio, pero él es un señor, un hombre de sociedad parecido á la gente de su corte, peor educado aún, peor rodeado, más solicitado, más tentado y más ciego. Cuando menos, tiene como ellos su amor propio, sus gustos, sus parientes, su querida, su mujer, sus familiares, todos solicitantes íntimos y preponderantes á quienes necesita satisfacer ante todo; la nación viene después. En efecto, durante cien años, de 1672 á 1774, cuantas veces está en guerra es por pique de vanidad, por interés de familia, por cálculo de interés privado ó por condescendencia á una mujer. Luís XV dirige las suyas peor de lo que las emprende, pues como se ve en los *Souvenirs de Felice*, de Mme. de Genlis, página 329. «La señora de Pompadour, escribiendo al mariscal d'Estreés en el ejército sobre las operaciones de campaña, y trazándole una especie de plan, había señalado con *moscas* en el papel, los puntos

que le aconsejaba atacar ó defender,» y Luís XVI, en toda su política exterior, tropieza con la red conyugal. En el interior, vive como los demás señores pero con mayor grandeza, pues es el primer caballero de Francia; luégo describiré su tren y se verá más adelante con que exacciones se costea ese fausto. En el interin señalemos ahora dos ó tres detalles. Según cuentas auténticas, Luís XV gastó para la señora de Pompadour 36 millones, 72 al menos en la moneda actual, pues según en el registro manuscrito de los gastos de esta señora que existe en el archivo de la prefectura de Versalles, había gastado 36.327,268 libras. Según d'Argenson en sus memorias, en 1751, tenía en sus cuadras 4.000 caballos, y se asegura que su sola casa ó persona «costó este año 68 millones» cerca de la cuarta parte de las rentas públicas. ¿Qué tiene eso de extraño cuando se considera al soberano al estilo de su época, esto es, como un castellano que disfruta de su patrimonio? El edifica, recibe, da fiestas, caza y gasta según su condición. Además, siendo dueño de su dinero, lo da á quien le place y todas sus elecciones son gracias. «Vuestra Majestad sabe mejor que yo, escribe el abad de Vermond á la emperatriz María Teresa, según puede verse en el tomo II, 168 de *Marie-Antoinette*, por Arneht y Geffroy, que de tiempo inmemorial las tres cuartas partes de los empleos, de los honores y de las pensiones, se otorgan no á los servicios sino al favor y al crédito. Este favor está motivado originariamente por el nacimiento, las alianzas y la fortuna. Casi nunca tiene más fundamento verdadero que el de la protección y la intriga. Está establecida con tal arraigo esta marcha que hasta la respetan como una especie de justicia los mismos perjudicados por ella, un buen gentil-hombre que no puede brillar ni por sus alianzas en la corte ni por el esplendor de sus gastos, no se atrevería á pretender el mando de un regimiento por antiguos y distinguidos que fuesen sus servicios y su nacimiento. Hace veinte años, los hijos de los duques, ministros, gente aneja á la corte, parientes y protegidos de las queridas, se hacían coroneles á los diez y seis años; M. de Choiseul hizo poner el grito en el cielo fijando la edad para ello en los 23 años; mas para indemnizar al favor y á la arbitrariedad, dejó á merced del rey ó mejor de sus ministros, el nombramiento de tenientes coroneles y mayorías que hasta entonces correspondían de derecho á la antigüedad del servicio, los gobiernos y los mandos en jefe de las provincias y de las ciudades. Vos sabéis, señor embajador, que se han aumentado mucho estos empleos, y que se conceden por crédito ó favor como los regimientos.

El cordón azul, el cordón encarnado se encuentran en igual caso, y á veces, hasta la misma cruz de San Luís. Los obispados y abadías, se proveen más constantemente aún siguiendo el sistema del favor. De los empleos de hacienda no me atrevo á hablar. Los cargos judiciales son los que están más sujetos á los servicios prestados, y sin embargo, ¿cuánto no influyen el crédito y las recomendaciones en el nombramiento de intendentes, de primeros presidentes y otros? Necker al encargarse de los negocios encuentra 28 millones de pensiones contra el Tesoro Real, y apenas cae se produce una repentina inundación de dinero vertida por millones sobre los cortesanos. Del mismo modo, en su tiempo el rey condescendió en labrar la fortuna de las amigas y de los amigos de su mujer: á la condesa de Polignac 400.000 francos para el pago de sus deudas, 800.000 para dote de su hija, para ella misma la promesa de una finca de 35.000 libras de renta, y para su amante, el conde de Vandreuil, 30.000 de pensión; á la princesa de Lamballe 100.000 escudos, anuales tanto por el cargo de superintendente que se restableció á favor suyo, como por una pensión á su hermano; lo cual puede leerse en la *Marie-Antoinette*, de Arneht Geffroy. Pero cuando la prodigalidad llegó hasta la locura, fué en la época de Calonne. Se le ha reprochado al rey su parsimonia: ¿por qué había de ser económico de su bolsa? Lanzado fuera de su camino, da, compra, edifica, cambia y auxilia á la gente de su sociedad, y todo á lo gran señor, es decir, tirando el dinero á manos llenas.

Júzguese por un solo ejemplo que hallamos en la Memoria de Bouret de Vezelay, síndico de los acreedores, existente en los *Archivos nacionales*: para socorrer á los Guéménée que habían quebrado, les compra por 12.500.000 libras tres haciendas que ellos acababan de comprar por 4 millones; además, en cambio de dos posesiones en Bretaña que rentaban 33.758 libras, les cede el principado de Dombes que rentaba cerca de 70.000 libras. Cuando más adelante se lee el *Libro Encarnado*, se hallarán en él 700.000 libras de pensiones para la casa de Polignac reversibles en su mayor parte de un miembro á otro, y cerca de dos millones en beneficios anuales para la casa de Noailles. El rey olvidó que todas estas gracias son mortíferas; porque como dice Mirabeau en su *Tratado de la población*, p. 81, «el cortesano que obtiene 6.000 libras de pensión, reci-

be la contribución de seis aldeas.» En el estado en que se halla el impuesto cada generosidad del monarca se funda en el ayuno del labriego, y el soberano por medio de sus comisionados quita á los pobres su pan para dar carrozas á los ricos. En una palabra, el centro del gobierno es el centro del mal; todas las injusticias y todas las miserias parten de él como de un tumor obstruido y doloroso; en él, es donde tiene su vértice el abceso público, y por él se abrirá.

VI

Justo y fatal efecto del privilegio que se explota en beneficio propio en vez de ejercerse en provecho ajeno. En antiguo sajón *Lord*, significa «el que alimenta» y *Señor*, en el latín de la Edad media, «el anciano» el jefe del rebaño. Así, pues, quien dice *sire ó señor*, dice «el protector que mantiene, el anciano que guía;» con este título y por este empleo nunca se le da bastante, porque no lo hay más difícil ni más elevado. Pero necesario es que lo ejerza, pues de no hacerlo se le abandona el día del peligro. Y ya mucho antes de este día su tropa no le pertenece; si marcha aún es por rutina; no es más que un hacinamiento de individuos, no un cuerpo organizado. Al paso que en Alemania y en Inglaterra, el régimen feudal conservado ó transformado, compone todavía una sociedad viviente, en Francia su ajuste mecánico no contiene ya sino un polvo humano. Se encuentra todavía el orden material, pero no ya el moral. Una revolución lenta y profunda ha destruído la íntima jerarquía de las supremacías admitidas, y de las voluntarias deferencias. Es un ejército en donde los sentimientos que forman los jefes, y los que forman á los soldados han desaparecido; los grados están señalados en los uniformes, pero no en las conciencias; le falta lo que constituye un ejército sólido el ascendiente legítimo de los oficiales, la confianza justificada de los soldados, el diario cambio de abnegaciones mútuas, la persuasión de que cada uno es útil á todos, y que los jefes, son entre todos, los más útiles. ¿Cómo hallar esta persuasión en un ejército, cuyo estado mayor no tiene otra ocupación que la de comer en la ciudad, ostentar sus charreteras y cobrar doble sueldo? Ya antes de la explosión final, Francia está disuelta, y lo está; porque los privilegiados olvidaron su carácter de *hombres públicos*.